La imagen que muchos tienen de él es la de un hombre serio y de mirada inquisidora con la que trataba de adivinar los sentidos más ocultos de las palabras, las personas y las cosas. Ello quizá le ayudó a darse cuenta de los valores que ocultaban los libros de sus amigos, y sus amigos siempre afirmaron que sus juicios eran certeros, amables, contundentes y sin duda realizados con el sentido de la amistad. Por eso cuando Gabriel García Márquez clamaba por una opinión en la cual creer y aceptar, no dudaba en pedírsela a Germán Vargas Cantillo.

Nació en 1919 en Barranquilla, la mitológica ciudad de arena y de mar que pasó de pueblo a metrópoli al



ritmo de los olores, los sabores y las algarabías propias de las gentes del Caribe. Ciudad que sirvió a toda una generación para animarse a descubrir un territorio y un universo. Allí se formó Germán Vargas, uno de los personajes que aparecen en Cien años de soledad. Animador, al lado de El cabellón Cepeda, Alfonso Fuenmayor, Alejandro Obregón y García Márquez, entre otros, de la tertulia de La Cueva, sitio legendario donde una generación descubrió el valor de la amistad, el alegato, la palabra colgada a la belleza, los libros, la literatura y la importancia de perder el tiempo hablando de todo o de nada.

Nunca supo, en aquel entonces, que de esta generación se hablaría, como de los piratas y los bucaneros, por todos lados. Por los barrios de Barranquilla, por los bares de mala y buena muerte, por los lugares en donde el pecado es una manifestación deliciosa del alma, por los vientos del Caribe y hasta por la gente que miraba por encima del hombro y habitaba en mansiones frías rodeadas de pálidas montañas.

Germán Vargas tuvo la fortuna de leer, primero que todos, los originales de sus originales compañeros de farra, parranda, delicias, lecturas y muchas otras cosas que el viento del mar y del río se tragó para siempre. Su juicio era esperado con ansiedad. De sus lecturas había desarrollado un acendrado sentido para encontrar calidad entre las apretadas letras de un texto literario. Su formación le llevó a saborear, con exactitud, el valor y la calidad de un relato.

Además de ser profesor, dedicó gran parte de su vida al periodismo. Allí se destacó por su equilibrio, por un sentido muy particular de encarar el lenguaje. Lo suyo era la economía de las palabras, la capacidad para incitar lecturas, el permanente llamado a la inteligencia del lector por su agudeza y su profundidad. Crítico de mucha visión fue, entre muchos, un descubridor de obras y de formas para ejercer el oficio de la literatura.

Escribió varios libros de gran importancia. Entre ellos La violencia diez veces contada, Voces, 1917-1920 y Cinco semblanzas, entre otras. Ayer, en forma silenciosa, se fue del mundo un hombre que todos los días con la puntualidad de un ángel llegaba al periódico El Heraldo a escribir su columna Un día más.

Con su muerte, ha quedado vacía otra silla en La Cueva: el amigo ha marchado, como en su momento se



fue la risa explosiva de Cepeda Samudio o muchos otros que, acodados en las mesas brillantes y aceitadas escribieron, casi sin darse cuenta, páginas completas e inolvidables de la historia de un universo real y maravilloso.

GILBERTO BELLO

(Tomado de: El Espectador (Bogotá), mayo 25 de 1991, pág. 9A).

JAMAS SOLEMNE

Esta fue una entrevista en la que lo que interesaba era el hombre y no las eternas historias sobre el Grupo de Barranquilla y su relación con Gabo. Al final estos temas fueron inevitables. El mismo preguntó ¿no me vas a preguntar?

Nada como una entrevista no sacada a tiempo. Que ésta, en cambio sea un homenaje al maestro Germán Vargas. Gozaba de la vida. Gozaba de los libros y de los buenos platos. Había leído todo. Tenía antenas para descubrir libros maravillosos. Nunca dejó de ser un muchacho.

Germán Vargas Cantillo fue y será un ser extraordinario. Alma profunda, piel morena, ojos azules. Caminaba como si no quisiera llegar a ninguna parte. Como un hábito de costumbre inclinaba un poco el cuerpo para sacar del bolsillo sus cigarrillos Pielroja que fumaba con placer. Sus kilos de más eran orgullo de los años; su tranquilidad, un don ganado de la vida: con orgullo afirmaba "para mí no hay problemas y si los hay les saco el quite". Su no ambición era una muestra de esa sabiduría desprevenida y alegre que siempre llevaba en la voz grave y la carcajada en la boca. Pocas veces decía 'jamás', pero lo afirmaba rotundamente y con certeza cuando anotaba "jamás he sido solemne".

La frescura para Germán Vargas era parte de su encanto personal; eso le daba libertad y agilidad. Le encantaban los cuentos; no podía negar nunca la herencia de la tradición oral costeña, siempre tan repleta de



anécdotas. Hablar sobre sí mismo no le fue fácil. Sentado al borde del sofá se veía incómodo, pero cuando lo hizo desató una cadena de recuerdos.

Vargas es un apellido santandereano. Su padre llegó a pie a Barranquilla desde Palo Negro como un liberal derrotado en la Guerra de los Mil Días. Los Cantillo, y eso lo afirma el padre Revollo, son fundadores de Barranquilla, que llegaron desde Galapa con unas vacas que los guiaron buscando el río. El era barranquillero de pura cepa. Ese era su lugar; adoraba su apartamento lleno de libros en un cuarto piso, donde desde el balcón y a través de unos edificios podía ver en los atardeceres el río Magdalena y en una despejada mañana la Sierra Nevada de Santa Marta. Todo con Susy, su compañera de la vida.

-¿Quién le enseñó a leer?

-Fui precoz. Las letras las aprendí solo. Enfrente a mi casa quedaba la escuela de mis hermanos, yo en una gran aventura, cruzaba la calle y oía detrás de la puerta las clases de la señorita Secca que era una mujer de pelo blanco, larga, flaca y de anteojos. Por otro lado, el Niño Dios que era muy comprensivo me traía libros. Recuerdo en especial una colección para libros que traía al "Cid", "Raimundo Lulio", "El Gran Capitán".

-¿Cuándo comenzó en la radio?

—Hace mucho tiempo... comencé en la radio, que no era como la de ahora. Era un medio discreto y yo manejaba una radio revista. Mi padre había muerto y tenía que ayudar a mi familia. Allí me gané los primeros cinco pesos de mi vida. Recuerdo perfectamente que estaba en tercero de

bachillerato. Tenía buena voz y leía todas las tardes; cada tarde era un peso. Poco a poco me fui haciendo... Todo era en vivo y desde siempre me interesó hablar sobre arte, cultura y música. Una de las primeras reseñas literarias fue sobre Caldwell, un novelista norteamericano y por supuesto no podían faltar las notas de cine. Con el tiempo cambiaba de emisora y mejoraba mi sueldo de \$ 30 pasé a otra que me daba \$ 90. A la segunda Guerra Mundial le saqué todo el partido, tanto que mi sueldo aumento vertiginosamente hasta \$ 200. Alli fue cuando vi la necesidad de realizar un noticiero informativo local a mediodía, se llamó 'Diario Hablado'.

-¿Lo escuchaban mucho?

—Realmente en Barranquilla había pocas personas con radio. Pero como la emisora quedaba enfrente al Paseo Bolívar, sacábamos unos altavoces y la gente se reunía a oír las noticias de la guerra. Llegó a haber dos mil personas reunidas. (Movió el cuerpo, sacó sus cigarrillos, prendió uno para darse una pausa). Tiene que pensar que eso era interesante porque Barranquilla era una ciudad especial donde no pasaba nada. Yo me fui convirtiendo en Germán Vargas el del "Diario Hablado".

-¿Existía compromiso político en su noticiero?

—El de mis propias convicciones. Durante la segunda candidatura de López viejo, volqué todo el noticiero hacia su campaña. Además no desaprovechaba ninguna oportunidad, inclusive, les hacía comentarios a las cuñas conservadoras.

-¿Y qué hacía en su tiempo libre?
-El punto de encuentro con los amigos era en la Librería Mundo. El



dueño era hijo de un médico santandereano. Era un comunista de buena familia al que la decepción llevó hasta Barranquilla. Jorge Rendón fue un personaje peculiar... (mueve la cabeza) andaba con un micrófono y un altavoz vendiendo lotes del barrio El Paraiso. En otro de esos lotes sembraba hortalizas y se las vendía al Hotel del Prado; todo lo que ganaba era para invertirlo en la librería. Yo era un privilegiado, ya a comienzos de los cuarenta hacía todos los pedidos, para los cuales me guiaba especialmente por la revista "Sur", 'El hijo pródigo' de México y los suplementos de la Nación de Buenos Aires. Hacía los listados, pedía los libros por correo y me encantaba, cuando llegaban, desempacarlos. Fue una gran librería, alli se formó el Grupo Barranquilla.

-¿También era profesor?

—(Afirma con un gesto complaciente y con ojos orgullosos). En el Colegio Barranquilla fui profesor de Historia de Colombia para primero de bachillerato y tuve como alumno a Mario Gareña. También era profesor de literatura para los de sexto. Al tiempo era subdirector de la Biblioteca Pública Departamental y por supuesto, no abandoné mi noticiero. Ganaba tanta plata que no tenía tiempo para gastarla. Y tenía tantos puestos que hasta tuve que hacer una intriga para que no me nombraran.

La vida congelada de los recuerdos

-¿Dónde comenzó el periodismo escrito?

Era corresponsal del Liberal y después lo fui para la Revista Semana, la primera época de la otra Semana; cuando fundaron El Nacional fui redactor de comentarios y entrevistas, y aún tengo la sensación de que siempre he estado en El Heraldo.

-¿De la época tiene anécdotas de viajes?

—Recuerdo especialmente unas vacaciones de Semana Santa en Medellín. Javier Arango Ferrer me llevó a oír el coro de la Iglesia San Benito, pero de paso me tocó el sermón de las Siete Palabras. Todo me divirtió mucho porque cada una de las palabras llevaba una cuña comercial. Tienen una idiosincrasia peculiar; hasta las vitrinas estaban decoradas con temas religiosos. Un mar de telas de Fabricato tenía encima un Cristo. Extraña mezcla...

−¿Y Bogotá?

—En Bogotá, cuando era joven, vivía en una pensión en la carrera séptima, una cuadra antes del Palacio de



Nariño. El horizonte no era muy alegre; en la calle siempre había hombres vestidos de negro. Me encantaban los cafés y en especial recuerdo una tarde que fui a vespertina al teatro San Jorge donde vi 'La luz que agoniza' que era la primera película doblada donde Ingrid Bergman hablaba en español. La noche la tengo en la memoria porque a la salida del cine me fui caminando, crucé en diagonal la Plaza de Bolívar y en un momento pensé que me congelaba.

—¿Un autodidacta sabio de dónde saca el criterio?

—(Hace un gesto con la comisura de los labios y alza un poco la ceja. Se pone a cantar una canción que dice: ¿Qué criterio? ¿Qué criterio va a tener?..."). El criterio lo fueron dando las circunstancias. Fui y soy un hombre solitario, nunca tuve muchos amigos y preferí siempre estar en busca y descubrir escritores que no estuvieran en los manuales. La lectura me produce una gran alegría.

-¿Tiene predilección por una literatura?

—Tengo una certeza única: me encanta la gran novelística norteamericana: Faulkner, Steinbeck...

-¿Ha escrito cuentos o ha comenzado alguna novela? Escribí ocho cuentos. Los destruí casi todos. Alejandro Obregón me dio un gran aliciente, me los ilustraba. Como compensación tengo de Alejo un retrato que me hizo. Pero en esa época llegó mi declaración dramática, no era un creador literario.

-Pero usted es magnífico periodista...

—Soy consciente de que las crónicas y los reportajes tienen un cierto tono literario distinto. Pero piense si hay tan buenos escritores para qué ser uno más del montón.

-¿Y la crítica literaria?

—Antes la disfrutaba más porque era más maligno.

-¿Cuál podemos decir que es su profesión?

—Divulgador. Siempre hay que ver las cosas con sentido deportivo y nunca he pensado que estoy haciendo algo trascendental.

-¿Ha sido alguna vez, por algún motivo en su vida trascendental?

—Solemne jamás. Una vez me tocó casi serlo cuando tuve que ir a la Academia Colombiana de la Lengua. Ni siquiera me aburrí, al contrario me reí solo todo el tiempo. La Academia declaraba a Gabo novelista; a su nombre me entregaron un cheque y un diploma. Ya en el almuerzo Félix Restrepo me comentó que tenía serias observaciones sobre el lenguaje de Gabo, cuando hablaba de 'este pueblo de mierda'. Eso para mí fue como una fiesta.

-¿Qué hizo en Bogotá en el año 58?

—En esa época nos vinimos Susy y Darío que era el único de mis hijos que había nacido. Venía a gerenciar una distribuidora de libros donde duré seis años. Después fui jefe de redacción de Encuentro Liberal. Me fui quedando en Bogotá, casi 23 años.

-¿Qué vino después?

En el gobierno de Pastrana, el ministro de Minas fue Juan B. Fernández de quien fui secretario privado. Después pasó a ser ministro de Comunicaciones y yo asesor del ministro. De allí me nombró director de la Radio Nacional... (se abre un silencio). Era una cosa curiosa, a la oficina llegaban cartas de países lejanos comentando los programas, pero la radio no se oía en Medellín. Por eso uno de los objetivos fundamentales fueron las

estaciones repetidoras de la Radio Nacional. Como no podía quedarme quieto me inventé un programa que todavía lo pasan: 'De viva voz'. Allí grabé a todos los escritores que pude con un criterio muy amplio y se logró un muy buen archivo. Me acuerdo que alguna gente me criticaba porque era locutor. 'Locutar' es un verbo que se ha perdido y que tenía dos dimensiones de lo mismo. Ahora los locutores no saben leer, lo único que pueden es hablar. En esa época del gobierno de Alfonso López Michelsen me acusaron de comunista y curiosamente me defendió El Siglo.

-¿Seguía de director de la Radio Nacional?

-No, era peor, era director de la Televisión Educativa. Después y sin ser turbayista, el Presidente Turbay me llamó. Recuerdo que sonó el teléfono a las nueve de la noche. Mi hija Eula contestó el teléfono. Le dijeron "De parte del Presidente" y ella contestó "¿El Presidente de qué?". Pensé, esto me huele a la dirección de Inravisión. Y así fue, aunque entre la primera y la segunda llamada hubo un extraño intervalo de tiempo. Después me llamó a Palacio. Entre la tensión y el entusiasmo, recuerdo que hablé como nunca había hablado. No soy de largo metraje. Igual me posesionó en Palacio y me dijo: "Germán usted siempre fue mi candidato y lo nombro porque no me mandó ningún padrino político". Recuerdo que un editorial de El Tiempo decía 'La inteligencia en Inravisión'. Realicé una campaña para llevar la televisión a la frontera, desde la Isla de Providencia hasta Leticia. Quedó un buen plan para la amplia-



ción. Esos son los únicos sitios donde hay unas placas donde está mi nombre. Siempre pensé que había que programar una cultura amable y nada ladrilluda. Creo que recuerdan esa época de Inravisión porque fue una licitación poco combativa. No hubo resentimientos.

-¿Usted introdujo la televisión a color?

—Sí, fue un paso importante e inaplazable. Y pasó una cosa muy divertida. El día de la inauguración del
color el ministro que estaba nervioso
me pidió que lo hiciera yo. En el
intermedio, cuando se había dado
cuenta de que sí podía, resolvió entrar
en escena con la mala suerte que el
sonido se fue y usted sabe que en la
televisión los minutos son eternos.

Lo inevitable y la literatura

-¿Cuándo resolvió volver a Barranquilla?

-En el año ochenta ya pensaba en retirarme. Felizmente esto coincidió



con que "El Heraldo" hizo un nuevo edificio, tecnificó sus instalaciones y quería una nueva edición dominical. Todo justificó la ida. Además, Barranquilla es mi lugar; allí me siento bien. En el cuarto piso donde vivo, veo el pedacito de río que me dejan ver los edificios, veo el mar y al otro lado la Sierra Nevada de Santa Marta.

-¿Qué hace usted en la Asociación de Colombianistas?

—¿Qué hago? Mamar gallo. Pero he asistido a seis. En Kansas tuve que leer una ponencia, como la llaman ellos. De pronto tuve que cantar una canción para romper el hielo porque

lo académico no tiene el tono humano.

-¿Sobre qué han sido sus trabajos o ponencias?

—Siempre he tratado escritores que he conocido. A Gabo, a Cepeda, a Mejía Vallejo y a Rojas Herazo. Cuento cosas personales, las anécdotas van paralelas a sus libros.

-Usted fue uno de los primeros en escribir sobre Gabo, ¿no es cierto?

-Escribí un comentario en el que afirmaba que en él había un cuentista que iba a ser importante. En "Encuentro Liberal" escribí otro comentario cuyo título era "Cien años de soledad, una obra que hará ruido".

—Háblenos del Grupo Barranquilla.

—No teníamos propósito específico. Lo único que nos interesaba era hablar y a veces hasta de literatura, pero nunca tuvo pretensiones de ser literario. Era simplemente un grupo de amigos volátiles donde yo era un punto de equilibrio entre todas esas fuertes personalidades.

-¿Cuándo le empezó a interesar la literatura norteamericana?

—Para responderle le voy a contar una anécdota. Alguna vez fui con mi amigo Raymond Williams y Susy en un viaje en carro de Nueva Orleans a Saint Louis donde queda la casa de William Faulkner. En su biblioteca pedí que me mostraran sus libros, y muchos de sus libros eran las mismas ediciones que yo tenía. Recuerdo también que había una placa en la casa que decía: "En esta casa sucedieron cosas importantes para la literatura norteamericana".

-¿Qué le gusta de Dos Passos?

—La infinita capacidad de innovar.

-i.De Steinbeck?

—La sencillez del relato. Lo importante es que uno a veces se identifica con la gente porque en ellos se descubre a uno mismo.

-¿Y de Faulkner?

-Faulkner es Faulkner, lo mismo que pasa con Mozart. Son historias apartes. Es el auténtico creador de un mundo.

—Si le preguntara cuáles son para usted los escritores más importantes de la literatura contemporánea ¿qué diría?

—Que son los de siempre: Proust, Kaska y Faulkner. De Proust tuve mi relectura anual durante mucho tiempo. -¿Relee muchos de los libros?

—A la relectura le tengo siempre el temor de la desilusión, por eso prefiero no volverlos a leer.



—¿Qué rescataría de la literatura colombiana?

—A pesar de todo, a la María. Hace poco volví a este libro y sigue siendo una historia bien manejada, con los excesos del lirismo de un poeta. Rescataría a Cuatro años a bordo de mí mismo, La Vorágine que sigue la tradición de escritores de una sola novela.

-¿Y qué piensa de los jóvenes?

-Confio mucho en que se está sacudiendo el macondismo.

-¿Cómo definiría usted el macondismo?

-Fue el resultado de García Márquez y sus circunstancias. En el resto de los escritores resulta fácil.

—¿Qué cree que logró García Márquez con sus Cien años de soledad?

—Lo que hizo Gabo fue abrir caminos. Realmente demostró que la narrativa de aquí lograba ser universal.

-¿Cuáles son los textos de García Márquez que más le gustan?

-El Coronel.

-¿Y de Alvaro Cepeda?

-Los cuentos de Todos estábamos a la espera.

-¿De Faulkner?

-Todos.

-¿Usted escribe todos los días?

-Casi todos los días. Me divierto haciendo las semblanzas de los personajes. Hice una de Vidal Echavarría que me divirtió mucho. La paso bien fabricando antigüedades. Siempre es-

toy en búsqueda de mundos interiores, pero con un tono de humor para no perecer en la nostalgia.

ANA MARÍA ESCALLÓN

(Tomado de: La Prensa (Bogotá), mayo 26 de 1991, págs. 10 y 11).

SE FUE A DICTAR SU MAS LARGA CONFERENCIA

Jamás, jamás, en el contado tiempo que me resta por vivir, olvidaré ese martes 21 de mayo.

Había llegado yo a mi oficina hacia las 9:30 a.m. conforme costumbre, cuando llegó mi compañera de trabajo Maruja Abello para decirme con cara preocupada: Olgui, no te quiero alarmar, pero Germán Vargas no ha llegado. Por dios, Maruja—le contesté—, apenas son las 9:30. Habrá cogido para algún lado antes de venir al periódico. No, Olgui, no. El nunca coge hacia otro lado, sin avisarme antes. Además no me ha entregado su columna y en este aspecto, como en



todos, él es superpuntual. Mira, Maru, deja esa cara, que ahorita Germán está apareciendo por ahí.

Mientras tanto, sonaban los teléfonos, llegaban Beto Villa e Iván Villazón, anunciaban la visita de Sandra Borda, coordinábamos las sociales del día siguiente, despachábamos lo que había quedado de la noche anterior, escogíamos las fotos de la página social, revisábamos las primeras fotos internacionales, en fin, nos sumergíamos todos en el trabajo incesante y estresante que es el diario vivir de un periódico. A los quince minutos regresó Maruja: Olgui, Germán no ha llegado. Maru, por favor, dále chance a que sólo una vez en la vida rompa la rutina.

La angustia de Maruja obedecía a que Germán se encontraba solo en su apartamento. Tanto él —formidablemente sano—, como sus hijos Darío, Mauricio y Eula, que viven en Bogotá, habían materialmente embarcado a Susie a Nueva York para que fuera a visitar a su hermano Nelson, a quien hacía años que no veía. Además, igual se quedaba solo cuando Susie alargaba la visita a los hijos en Bogotá. No era nada extraño entre ellos dos, pues muchas veces la soledad le correspondía a Susie, en los mil y un viajes de Germán.

Hacia las diez y cuarto regresó Maruja. Mira, Maru, para tu tranquilidad y la mía —que bien la necesito manda a uno de los conductores al edificio de Germán. Que le pregunte al portero si lo vio salir. O a los vecinos. Con seguridad darán razón. (Germán todas las mañanas —cuando Susie estaba aquí, acompañado por ella, que luego regresaba a pie a casacaminaba hasta el parque Washington. Allí tomaba un bus ejecutivo hasta El Heraldo. Había decidido no volver a manejar). Así lo hizo Maruja: mandó a nuestra reportera gráfica Claudia Cuello y al conductor Walter Lineros, con resultado infructuoso. Nadie contestó, aunque casi derribaron la puerta a golpes. Ni el portero ni los vecinos daban razón alguna, pero la vecina llamó la atención de que la luz del baño estaba prendida. Maruja, entonces, le decía a Claudia a través del radio del carro: Tú eres periodista, a ver qué haces, a ver qué se te ocurre. Pero Claudia nada podía hacer, fuera de derribar la puerta y regresó al periódico.

Fue entonces cuando Maruja entró a mi oficina totalmente "desentechada": nadie contesta. Me siento perdida, ahora no sé qué hacer. Algo le ha pasado a Germán, estoy segura, segurísima. Fue la seguridad de esa frase la



que hizo sentir en lo profundo de mí, un timbre de alarma. No sé cómo Dios me iluminó e inmediatamente respondí a Maru: llámate a la hermana de Susie, a Marina, a la Joyería Oxford y dile tu preocupación. Así lo hizo. Y Marina voló, porque también conocía a Germán. Y allí estaba él, Yerman, como le decía yo afectuosamente, muerto en el baño, de un infarto. Se había ido sin alharacas ni aspavientos, haciéndole honor a su manera de ser, a su manera de vivir, de ver la vida.

Cuando como epilogo de este forcejeo, si así puede llamarse lo que sucedió durante esa hora entre Maruja y yo, entró ella nuevamente a mi oficina con cara indescriptible, a gritarme que Germán había aparecido muerto en el baño, para alistarse y llegar como todos los días, después de comerse un frito en la esquina de El Heraldo, a las 7:30 a.m. a su trabajo, sentí que algo violento, intensamente explosivo, estallaba dentro de mí. Con quien hablaba por teléfono, no lo recuerdo con precisión, (¿Guido Borrero?) le grité con todas mis fuerzas: ¡Germán Vargas murió! Y le tiré la bocina con igual ímpetu. Salí como loca hacia el pasillo de la redacción: ¡Murió Germán Vargas! ¡Germán murió! Los demás compañeros parecían no entender lo que yo decía. Todos, de pie, como estatuas de mármol, me miraban sin pronunciar palabra. ¿Es que no entienden, carajo? ¡Muurióo Germán!, gritaba yo, trastornada, llorando a mares contra el muro. Entonces, todos a una, comenzaron a llorar de la misma forma, enloquecedoramente, mientras Juan Junior se me plantaba lívido al frente y los visitantes no sabían qué hacer. No, nunca, nunca jamás olvi-